

de duro, en su probidad algo de ágrío, en su frialdad la ausencia de aquella espontaneidad de sentimiento, sin la que parece que no puede existir afecto, generosidad ni verdadera grandeza de ánimo. Pero cuanto mejor se le vá conociendo, más se duda en pronunciar esos juicios y más se siente aumentar el sentimiento del respeto y de la simpatía hácia él. Voltaire ha podido decir, al partir de Holanda, aquella famosa frase:—*Adieu canaux, canards, canaille*;—pero cuando tuvo que juzgar á Holanda en sério, recordó que no había encontrado en su capital «ni un ocioso, ni un pobre, ni un disipado, ni un insolente,» y había visto en todas partes «el trabajo y la modestia.» Luis Napoleón proclamaba que en ningún pueblo de Europa es innato, como en el holandés, el buen sentimiento de la justicia y de la razón; Descartes hacia el mayor elogio que un filósofo puede hacer de un pueblo, diciendo que en ninguna parte se disfruta de tanta libertad como entre los holandeses; Cárlos V, la más hermosa alabanza que puede tributar á un pueblo un soberano, diciendo que son «óptimos súbditos, pero pésimos esclavos.» Un inglés escribió que los holandeses inspiran una estimacion que no puede llegar hasta el afecto. Quizá él no los estimaba bastante.

No quiero ocultar que entre las razones de mi simpatía, figura la de haber visto que Italia es

más conocida que yo creía en Holanda. No solo nuestra revolucion tuvo allí un eco favorable—como era natural que sucediese en un pueblo independiente, libre y hostil al Papado—sino que los hombres y los sucesos italianos de los últimos tiempos, no son allí ménos conocidos que los de Francia y Alemania. Los periódicos principales que tienen correspondientes entre nosotros, informan minuciosamente á su país de nuestras cosas. En muchos lugares se ven retratos de nuestros más ilustres conciudadanos. No son menores los conocimientos literarios que los políticos. Dejando aparte que en lengua italiana se cantaba en las córtes de los antiguos Condes de Holanda, que en el siglo de oro de la literatura holandesa estaba en gran auge entre los literatos, y que algunos de los más ilustres poetas de aquel tiempo escribieron cartas y versos en italiano ó imitaron nuestra poesía pastoril, la lengua italiana es todavia estudiada por muchos, y no es raro encontrar quien la habla, y mucho ménos ver nuestros libros en manos de las señoras. La *Divina Comedia*, que está en boga, particularmente desde 1830, tiene dos traducciones, ambas en tercetos rimados, una de las cuales es obra de un tal Hacke Van Mijnden, que consagró al Dante toda la vida. La *Jerusalem libertada* tiene una traducción del pastor protestante Ten Kate, y ha habido otra inédita y perdida de María Tesseeschave, la gran poetisa

del siglo XVII, amiga íntima del primer poeta holandés, Vondel, que la aconsejaba y ayudaba á traducir. Del *Pastor Fido* hay á lo ménos cinco traducciones de autores diversos; algunas de la *Aminta*; cuatro, por lo ménos, de *Mis prisiones*, y una bellísima de *Los novios*, novela que pocos holandeses no han leído, sea en su propia lengua, en lengua francesa ó en la nuestra. Y para dar más pruebas, hay un poema titulado *Florenzia*, escrito para el último centenario del Dante por uno de los mejores poetas holandeses contemporáneos.

Aquí viene bien decir algo de la literatura holandesa.

Holanda presenta una singular desproporcion entre la fuerza expansiva de su vida política, científica y comercial, y la de su vida literaria. Al paso que bajo todas las otras formas, la obra de los holandeses trascendió fuera de los límites del país, bajo la forma literaria quedó circunscrita dentro de las fronteras. Teniendo una literatura fecundísima—lo que hace más extraño el hecho—Holanda no ha producido, como otros países pequeños, un solo libro que se haya hecho europeo, como no se quiera colocar entre las obras literarias las de Spinoza—el único gran filósofo de su patria—ó considerar como de la literatura holandesa las olvidadas obras latinas de Erasmo de Rotterdam. Y sin embargo, si hay un país al que

la Naturaleza y los acontecimientos hayan ofrecido motivos bastantes para inspirar á los ingenios alguna de esas obras poéticas que hieren la imaginacion de todos los pueblos, ese país es Holanda. Las maravillosas transformaciones del suelo, las inundaciones inmensas, las fabulosas expediciones marítimas, debieron producir una poesía original, aunque despojada de sus naturales formas. ¿Por qué no ha sucedido esto? Pueden aducirse como razones la índole del ingenio de los holandeses, que mirando en todo á lo útil, quiso llevar con sobrada frecuencia la literatura á un fin práctico; una tendencia opuesta á ésta, y acaso derivada de ella, á elevarse demasiado por encima de la naturaleza humana para no pisar la tierra como todos los demás; cierta condicion natural que dió á la razon una gran preponderancia sobre la fantasía; el amor innato de lo exacto y acabado, que ha producido una proligidad en que se destemplaron las grandes ideas; el espíritu de secta religiosa, que vinculó á un círculo reducido ingenios que habian nacido para esparcirse en ancho horizonte. Pero ni estas ni otras razones hacen que no cause admiracion que no exista en toda la literatura holandesa un escritor que represente dignamente ante el mundo la grandeza de su patria; un nombre que pueda colocarse entre el de Rembrandt y el de Spinoza.

Pero seria un pecado no trazar siquiera á gran-

des rasgos las tres principales figuras de esta literatura, dos del siglo XVII y una del XIX; tres poetas originales y muy diversos entre sí, que comprendieron toda la poesía holandesa: Vondel, Catz y Bilderdijk.

Vondel, el más grande poeta de Holanda, nació en el año de 1587 en Colonia, donde se había refugiado su padre, sombrerero, escapado de Amberes para sustraerse á las persecuciones de los españoles. Siendo todavía niño, el futuro poeta volvió á su patria en un carrito, con su padre y su madre, que lo seguían á pié orando y recitando versículos de la Biblia. Hizo sus primeros estudios en Amsterdam. A los quince años ya tenía fama de poeta, pero sus obras notables no comenzaron á salir hasta 1620. Hasta la edad de treinta años no supo más que su propia lengua; aprendió más tarde el francés y el latín, y se entregó con ardor á los estudios clásicos; á los cincuenta años se dedicó al griego. Su primera tragedia—porque fué principalmente poeta trágico—titulada *La destrucción de Jerusalem*, no tuvo mucha suerte. La segunda, titulada *Palamedes*, en la que se entreveía la historia lastimosa y terrible de Olden Barneveld, víctima de Mauricio de Orange, le produjo una causa criminal que le obligó á huir y ocultarse hasta que salió la sentencia, inesperadamente suave, que lo condenaba á trescientos florines de multa. En 1627 hizo un viaje á Dinamarca y

Suecia, donde fué acogido con honores por Gustavo Adolfo. Once años despues, inauguró el teatro de Amsterdam con un drama de argumento nacional, *Guillermo de Amstel*, que todavía se representa una vez al año en homenaje á su memoria. Los últimos años de su vida fueron infelicísimos. Habiéndolo reducido á la estrechez las disipaciones de su hijo, el pobre anciano, fatigado por los estudios y agobiado por los dolores, se vió reducido á mendigar un mezquino empleo en el Monte de Piedad. Pocos años antes de morir abrazó la fé católica, y ardiendo en nueva inspiracion, escribió la tragedia titulada *Las Vírgenes*, y un poema, que es una de sus mejores obras, titulado *Los misterios del altar*. Murió muy viejo y fué sepultado en una iglesia de Amsterdam, donde un siglo despues se le erigió un monumento. Además de las tragedias, escribió cantos guerreros á la patria, á los ilustres marineros holandeses y al Príncipe Federico Enrique. Pero su principal gloria es el teatro. Admirador de la tragedia griega, conservó en las suyas la unidad, los coros, lo sobrenatural, sustituyendo al destino la Providencia; á los dioses vengadores y propicios los ángeles y los demonios, los buenos y los malos génius del Cristianismo. Casi todos los argumentos los sacó de la Biblia. Su obra maestra es la tragedia *Lucifer*, representada dos veces, á pesar de las casi insuperables dificultades de la representacion, en el teatro

de Amsterdam, y hecha prohibir despues por el clero protestante; tragedia cuyo argumento es la rebelion de Lucifer, y los personajes los ángeles buenos y malos. En ésta, como en las demás, hay descripciones fantásticas, rasgos de poderosa elocuencia, bellos coros, pensamientos vigorosos, rico y sonoro verso y en todas partes destellos y relámpagos de génio. Por el contrario, un misticismo alguna vez oscuro y frio; el desacuerdo de la idea cristiana con la forma pagana; lo lírico que domina á lo dramático; el buen gusto con frecuencia ofendido, y más que nada, una manera de pensar y de sentir, que para sublimarse, elevándose demasiado de la tierra, escapa al entendimiento y al corazon humano, son sus principales defectos. A pesar de esto, los precedentes históricos, la originalidad, el patriotismo ardiente, la vida laboriosa y noble, hicieron á Vondel grande y venerado en su pátria, que lo considera como la más alta personificacion del génio nacional, y lo coloca con amoroso atrevimiento á la altura de los primeros poetas de las demás literaturas.

Vondel es la más grande y Jacobo Catz la más exacta personificacion del pueblo holandés; y no solo es el más popular de los poetas de su país, sino que es tal su popularidad, que puede afirmarse que no hay en parte alguna—sin excluir á Cervantes en España y Manzoni en Italia—un escritor más generalmente conocido y leído más constante-

mente que él; y puede añadirse, que acaso no hay ningun otro poeta en el mundo cuya popularidad esté tan necesariamente limitada por las fronteras de su pátria. Jacobo Catz nació en 1577, de noble familia, en Brouwershaven, ciudad de la Zelanda. Estudió leyes, llegó á pensionario de Middlebourg, fué embajador en Inglaterra, gran pensionario de Holanda, y desempeñando con celo y rectitud ejemplar estos empleos, cultivó amorosamente la poesía. Por la noche, despues de haber tratado los asuntos del Estado con los Diputados, se retiraba á su casa á hacer versos. A los setenta y cinco años pidió que lo exonerasen de sus cargos, y cuando el Statolder le anunció con halagüeñas frases que su peticion habia sido atendida, cayó de rodillas en presencia de la Asamblea de los Estados y dió gracias á Dios que le habia protegido en el curso de su larga y fatigosa vida política. Pocos dias despues se recogió á una quinta suya, donde gozó de una vejez tranquila y honrada, estudiando y escribiendo hasta 1660, en cuyo año murió más que octogenario y llorado de toda Holanda. Sus poesías constan de algunos gruesos volúmenes. Son fábulas, madrigales, relatos, mezclas de historia y de mitología, sembrados de descripciones, de citas, de sentencias y de preceptos; llenos de bondad, de honradez y de dulzura, y escritos con sencillez ingénua y delicada agudeza. Su obra es el libro de la sabiduría nacional, la se-

gunda Biblia del pueblo holandés, un manual que enseña á vivir honrado y en paz. Da consejos á todos: al jóven y al viejo, al mercader y al príncipe, al ama y á la criada de la casa, al rico y al mendigo. Enseña á gastar, á hacer las cosas de casa, á dirigir la familia y á educar á los hijos. Es, á la vez, amigo, padre, director espiritual, maestro, administrador, médico y abogado. Ama la modestia, los jardines, los prados, adora á su mujer, trabaja, está satisfecho de sí mismo y de los hombres, y quiere que todos estén contentos como él. Sus poesías se encuentran en todas las casas holandesas al lado de la Biblia. No hay cabaña de aldeano en la que el cabeza de familia no lea algunos versos todas las noches. En los dias de duda y de tristeza, todos buscan y encuentran un consuelo en su viejo poeta. Es el amigo íntimo del hogar; el asídno compañero del enfermo; el suyo es el primer libro sobre el que se aproximan los rostros de los novios; sus versos son los primeros que lee el niño y los últimos que pronuncia el abuelo. Ningun poeta fué más amado que él. Todos los holandeses se sonrien al oír recordar su nombre, y no hay extranjero que haya estado en Holanda que no lo pronuncie con sentimiento de simpatía y respeto.

El tercero, Bilderdijk, nacido en 1756, y muerto en 1831, fué uno de los talentos más privilegiados que puede haber en el mundo. Poeta,

historiador, filólogo, astrónomo, químico, médico, teólogo, anticuario, jurisconsulto, dibujante, grabador, hombre inquieto, vagabundo, caprichoso, violento; su vida no fué más que una investigacion, una transformacion, una batalla perpétua de su vastísimo ingénio. Siendo muy jóven, y ya poeta famoso, deja la poesía, se lanza á la política, emigra con el Statolder á Inglaterra y dá lecciones en Lóndres para vivir. Cansado de Inglaterra, se vá á Alemania; fastidiado del romanticismo aleman, vuelve á Holanda donde Luis Napoleon lo colma de favores. Pero Luis deja el trono, Napoleon el Grande le quita á Bilderdijk la pensión y queda reducido á la miseria. Por fin obtuvo del Gobierno un corto sueldo y continuó estudiando, escribiendo y combatiendo hasta el último dia de su vida. Sus obras se componen de más de treinta volúmenes de ciencias, de arte y de literatura. Se ensayó en todos los géneros, y en todos salió bien, ménos en el dramático. Amplió la crítica histórica escribiendo una de las mejores historias nacionales que tiene su país. Hizo un poema, *El mundo primitivo*, composicion grandiosa y oscura, admiradísima en Holanda. Trató toda clase de cuestiones mezclando luminosas verdades y rarísimas paradojas. Realzó, en fin, la literatura nacional, que habia decaido en su tiempo, y dejó una falange de discípulos escogidos que siguieron sus huellas en política, en arte, en

filosofía. Hubo por él en Holanda, más que entusiasmo, fanatismo; y no puede ponerse en duda que ha sido, despues de Vondel, el más grande poeta de su pátria. Pero le perjudicó la pasión religiosa, el ódio ciego contra las nuevas ideas, la poesía convertida en instrumento de secta, la teología interviniendo en todas las cosas, por lo cual no se elevó á la region serena y libre, fuera de la que el génio no consigue victorias duraderas y universal aclamacion.

En torno de estos tres poetas, que llevan consigo los tres vicios principales de la literatura holandesa, perderse en las nubes ó arrastrarse por tierra, ó caer en las redes del misticismo, se agrupan otros infinitos poetas épicos, cómicos, satíricos y líricos, los más del siglo décimo séptimo, muy pocos del décimo octavo, muchos de los cuales tienen gran fama en Holanda, pero que ninguno de ellos sobresale bastante para llamar la atención del viajero que pasa.

Más bien merecen una rápida ojeada los tiempos actuales.

Que la crítica, despojando á la historia de Holanda del velo de poesía con que la habia cubierto el patriotismo de los escritores, la ha llevado al camino más ámplio y fecundo de la justicia; que los estudios filológicos están en gran boga y que casi todas las ciencias tienen en Holanda cultivadores de fama europea, es cosa que ninguna

persona ilustrada de Italia ignora y que basta consignarlo para los demás.

De la literatura, propiamente dicha, el género más floreciente es la novela. Holanda ha tenido su novelista nacional, su Walter Scott, en Van Lennep, muerto hace pocos años; escritor de novelas históricas que fueron acogidas con entusiasmo por todas las clases de la sociedad; pintor eminentísimo de costumbres, docto, agudo, maestro en sus descripciones y dialogador admirable; pero que con frecuencia es prolijo, se sirve de recursos gastados, hace desenlaces forzados y no se oculta bastante á sí propio. Su última novela, titulada *Aventuras de Nicolasita Zevenster*, en la que, al representar admirablemente á la sociedad holandesa de principios de este siglo, tuvo el inaudito atrevimiento de describir una casa que no puede nombrarse de El Haya, revolucionó á toda Holanda, fué comentado, discutido, vilipendiado, levantado á las nubes, y todavía dura la batalla. Tambien escribieron otras novelas históricas Schimmel, digno émulo de Van Lennep, y una señora Rosboon Toussaint, cultísima escritora, grandemente instruida y de profundo talento. A pesar de esto, la novela histórica, aun en Holanda, puede considerarse como muerta. Mejor fortuna tiene la novela de costumbres y el cuento, en cuyo género brillan Beets, ministro protestante y poeta, autor de un célebre libro titulado

La cámara oscura; Koetsveld, y algunos jóvenes de ingénio, á quienes impide elevarse el demonio perseguidor de la literatura del día: la prisa.

Holanda tiene todavía otro género de novela muy propio—que podría llamarse novela indiana—que retrata las costumbres y la vida de los pueblos de las colonias, y de esta clase, han salido á luz en los últimos años algunos libros, que fueron acogidos con mucho aplauso en el país y traducidos á varias lenguas; entre otros, *El mundo de Batavia*, del profesor Ten Brink, jóven, docto y brillante escritor, del que quisiera hablar con extension para atestiguarle de alguna manera mi gratitud y mi admiracion. A propósito de las novelas indianas, es hermoso notar cómo en Holanda se ve ó se siente á cada paso algo que recuerda sus colonias, y cómo algun rayo del sol de las Indias penetra á través de su bruma y colora su vida. Además de las embareaciones que llevan un aura de aquellos países á los puertos de sus ciudades; además de los pájaros, las flores, los mil objetos que, como vagos sonidos de música lejana, hacen brotar en la mente la imágen de otra naturaleza y de otra raza, no es raro encontrar en las ciudades de Holanda, en medio de aquellas caras blancas, rostros tostados por el sol, de gente nacida ó que ha vivido muchos años en las colonias; negociantes que hablan con vivacidad insólita de las mujeres morenas, de los bananos, de los bos-

ques de palmeras y de los lagos cubiertos de lianas; jóvenes atrevidos que se arriesgaron entre los salvajes de la isla de Borneo y de Sumatra; hombres científicos, literatos, oficiales que hablan de los adoradores de peces, de los embajadores que llevan las cabezas de los vencidos pendientes de la cintura, de los combates de toros y tigres, de la fúria de los bebedores de ópio, de las multitudes bautizadas con bombas; de mil cosas extrañas y admirables, que hacen singular efecto dichas por aquella gente tan fria en aquel tranquilísimo país.

La poesía, despues de haber perdido á Da Costa, discípulo de Bilderdijk, poeta religioso y entusiasta, y á Genestet, poeta satírico, muerto muy jóven, solo tiene algunos campeones de la generacion pasada, que ó callan, ó cantan con debilísima voz. En peores condiciones está el teatro. Los artistas holandeses, incultos y declamadores, no representan, por lo comun, más que dramas ó comedias alemanas y francesas—mal traducidas—que la buena sociedad no vá á oír. Escritores holandeses de mucho ingénio, como Hofdijk, Schimmel y el mismo Van Lennep, escribieron comedias dignas de alabanza por muchos conceptos, pero que no gustaron lo bastante para continuar vivas en la escena. La tragedia no está en mejores condiciones que la comedia y el drama.

Por lo que he dicho, podría creerse que en Holanda no hay gran movimiento literario; siendo,

por el contrario, grandísimo. Es increíble la cantidad de libros que se publican, y la avidez con que son leídos. Toda ciudad, toda secta religiosa y toda cofradía, tienen su revista ó su periódico. Además, hay una lluvia de libros extranjeros; las novelas inglesas andan en manos de todos; hay obras francesas de ocho, diez y veinte volúmenes, traducidas á la lengua nacional; cosa admirable en un país donde todas las personas cultas pueden leerlas en la original, y que prueba cuánta costumbre hay, no solo de leer, sino de comprar, no obstante de ser en Holanda los libros bastante más caros que en otros países. Justamente este furor de leer y esta superabundancia de publicaciones, es lo que perjudica á la literatura. Los escritores, para satisfacer la impaciente curiosidad del público, van de prisa, y la manía de las lecturas extranjeras, ahoga y corrompe el génio nacional. A pesar de esto, la literatura holandesa tiene un gran título para merecer bien de la pátria; ha caído, pero no está pervertida; ha conservado su inocencia y su frescura; lo que le falta de fantasía, de originalidad y de brillo, está compensado por el severo respeto á las buenas costumbres y al buen gusto, por su amorosa solicitud hácia las clases pobres y por la eficacia con que promueve la beneficencia y la educacion civil. Otras literaturas son grandes plantas vestidas de olorosas flores; la literatura holandesa es un arbolito cargado de fruto.

La mañana que partí de El Haya, la segunda vez que allí estuve, algunos de mis amigos más queridos me acompañaron á la estacion del ferrocarril. El tiempo estaba lluvioso. Cuando estuvimos en la sala de descanso, pocos momentos antes de salir el tren, agradecí á aquellos buenos amigos la cariñosa acogida que me habian hecho, y porque sabia que acaso no los volveria á ver, no pude ménos de manifestarles mi gratitud con palabras afectuosas y melancólicas, que ellos escucharon en silencio. Uno solo me interrumpió para recomendarme que me guardase de la humedad. «Que venga alguno á Italia—continué diciendo— aunque no sea más que para proporcionarme ocasion de demostrarles mi reconocimiento. Háganme ese ofrecimiento para que pueda irme con el corazon un poco consolado. No me marchó si alguno no me dice que irá á Italia.» Se miraron y uno dijo entre dientes: «Acaso.» Otro me dió el consejo de que no cambiase el oro francés en las tiendas. En aquel momento sonó la campana de la partida. «Adios, pues,—dije con voz un poco alterada, estrechando á todos las manos—hasta la vista; nunca olvidaré los hermosos dias que he pasado en El Haya; retendré siempre sus nombres como el más querido recuerdo del viaje; acuérden-se alguna vez de mí.» «Adios»—respondieron todos con el mismo tono que si fuéramos á vernos al dia siguiente.—Subí al wagon con el corazon opri-

mido, me asomé á la ventanilla en el momento que echaba á andar el tren, y los ví allí á todos inmóviles, mudos, con el rostro impasible, con los ojos clavados en los míos. Hice un último saludo, al que contestaron con un ligero movimiento de cabeza, y desaparecieron de mi vista para siempre. Cada vez que pienso en ellos, vuelvo á verlos, como si acabase de dejarlos poco antes, en aquella misma postura, con aquellos rostros graves y aquellos ojos fijos, y el afecto que siento por ellos tiene algo de austero y de triste, como el cielo bajo el que los ví por última vez.

LEYDEN.

La campiña entre El Haya y Leyden, es como la de entre Rotterdam y El Haya; una llanura muy verde manchada por el rojo vivo de los tejados y regada de azul por los canales, con algunos grupos de árboles, molinos de viento y ganados desparramados ó inmóviles. Se anda y parece que se está siempre en el mismo sitio ó que se ven de nuevo sitios vistos ya mil veces. La campiña está silenciosa; el tren marcha lentamente, casi sin producir ruido; nadie habla en el wagon; en las estaciones no se oye una voz; poco á poco cae el espíritu en una especie de absorcion, que hace olvidar en dónde se está y á dónde se vá.—¡Y sin embargo, se duerme en este país!—decia Diderot viajando por Holanda; y esta exclamacion asomó á mis lábios varias veces en aquel breve trayecto, hasta que oí gritar: Leyden, y me apeé en una estacion solitaria y tranquila como un convento.

Leyden, la antigua Atenas del Norte, la Za-